Jose M. Doussinague

Hispanidad y Catolicismo

JOSE M. DOUSSINAGUE
MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE ESPAÑA

Hispanidad y Catolicismo

Santiago y Las Milicias Internacionales

Conferencias pronunciadas en la ciudad de Montevideo
con el Mensaje por radio del Papa Pio XII
al pueblo Español

PROLOGO POR EL

Dr. HUGO ANTUÑA

Editado por la Asociación Española de la Virgen del Pilar
y del Apóstol Santiago en Montevideo

Con las debidas licencias

PROLOGO

Pasado el tiempo del drama enorme, bien está que voces elocuentes, claras voces, remonten la historia de España y extraigan de ella la enseñanza máxima. He ahí lo que Doussinague realiza, con ésta su oratoria opulenta y firme. Aunque no hayan llegado aún para la Madre Patria, desangrada y trágica, las horas serenas de las heridas restañadas y el solar rehecho, siempre es útil la meditación sobre el pasado glorioso.

No surgirá, de esa meditación, —en la que el espíritu se sumerge mientras persiste, como en eco, el rumor de un ondear de banderas en triunfo,— una historia escrita "sin amor"; pero, en tanto el pensamiento se ajuste a evocar valientemente la objetividad integral, substancial y episódica, del río caudaloso de la vida de España, esa historia se expresará "sin odio", cristalizando el dictado más noble de la fórmula clásica.

La compenetración, digamos así, entre el pasado de España y la defensa de la fe católica, amplio tema épico, es el que Doussinague ha tratado en sus discursos en Montevideo, magníficos sin duda tanto por su medular lección histórica como por la sonoridad y el ritmo de su forma admirable. Penetrar de-

masiado en esa materia sería, en mi caso, invadir la jurisdicción del orador impecable a quien nos ha tocado en suerte conocer en esta capital. Yo incurriría en el error evidente de quienes, cuando presentan a un orador extraño, adelantan, al auditorio, todo o casi todo el discurrir inmediato del disertante a quien el público espera. Por mi parte, en estas breves líneas a manera de prólogo, sólo he querido y quiero indicar —tan a grandes rasgos!— la finalidad por que viven, y el ámbito en que se mueven enérgicamente, los discursos que siguen a estas palabras mías. Quiero insistir algo más. Ese orador a quien me refiero, y cuya voz presenta, con nitidez y color excepcionales, el pretérito del "imperio circular" y su catolicidad histórica, realiza una armonía difícil: su oratoria es, a un tiempo, ardorosa y fina, vibrante y ática, serena como la lógica misma, encendida como un ascua inquieta. Vais, lectores, a escucharlo de inmediato, en su gran panegírico de la gran España! Gran España: amada tierra nuestra, iluminada por la gloria, nutrida por el heroísmo, —savia ardiente—, ennoblecida por el dolor, augusta pátina.

Montevideo, Junio de 1939.

HUGO ANTUÑA.

Hispanidad y Catolicismo

RETOÑOS DE LA HISTORIA

Ha vuelto a reír la Primavera. Ante España se despliega un Abril soleado, cargado de efluvios rejuvenecedores que hacen correr por las venas abiertas de los dolores pasados, una nueva vida pujante y fecunda. Tibias brisas de paz fragantes de cantos triunfales, acarician los corazones ateridos todavía por el frío terror de las checas y las brigadas del amanecer. Toda la tierra bendita de España, florece de manos abiertas y labios estremecidos, por la alegría de volver a ver el sol de la paz.

Ha vuelto a reír la Primavera, y, en sonrisa femenina y juvenil, todos los españoles leemos la amorosa promesa de un porvenir mejor, de una grandeza futura semejante a la que en el pasado hizo que el nombre de nuestra nación retumbara en todo el orbe con sin igual majestad. En esta hora de los arcos triunfales y los desfiles emocionados, sobre el clamoreo de las ovaciones y de los gritos de júbilo, flota un solo pensamiento, un solo deseo; el de lograr que tanto dolor sea fecundo y sirva para hacer una España grande. ¡Una España grande, una España grande! Esta es la meta de todos nuestros esfuerzos y

sacrificios; por eso han ofrendado sus vidas nuestros voluntarios; a esa finalidad extienden sus brazos abiertos todas nuestras esperanzas.

¡Una España grande! Pero ¿no era eso mismo lo que perseguían los vencidos de hoy? ¿No era ese mismo el propósito que han declarado cien veces en sus proclamas? ¿Cómo y de qué manera puede engrandecerse nuestro país? Nadie ama a España más que los españoles emigrados, ni desea más que ellos su engrandecimiento. A ellos van estas palabras. A todos, españoles o hispano - americanos, los que aman fervientemente a España y desean su engrandecimiento; tanto a los que están al lado del Caudillo Franco como a los que han tomado posición contra él; para que yo tenga interés en tenderles la mano fraternal de mis palabras, sólo una cosa me importa: que amen a España. Para ellos vamos a situarnos con serenidad de laboratorio, como el químico que observa las reacciones multicolores de sus ácidos en las probetas y los crisoles, ante este problema: ¿cómo engrandecer a España? ¿Por qué camino lo podrá lograr el Caudillo? ¿Qué garantías tiene un hombre desapasionado, de que ese camino sea acertado y seguro?

LA PRIMERA SINGLADURA

Hay un momento poco comentado en la gran Historia de las Españas. Un día de primavera del año 1510, Fernando V. Rey de España, muerta ya Isabel, ha reunido Cortes en Monzón. Contra la costumbre según la cual las Cortes se reunían separadamente en Valencia, en Cataluña y en Aragón, él las había convocado ahora conjuntamente por primera vez, por

la excepcional importancia de lo que se proponía decir ante ellas. Han concurrido todos los representantes de los reinos de la Corona de Aragón, y junto con ellos han acudido a aquella extraordinaria convocatoria, todos los señores de Nápoles, de Sicilia, de Cerdeña, de Mallorca; los graves y corteses castellanos, los duros guerreros aragoneses, toda la grandeza de aquella España que, con ellos, tomaba ya por asalto los puestos de honor en las páginas más brillantes de la Historia. Y el Rey Fernando con aquella mirada bondadosa y aquellas maneras afables que tanto ponderan sus historiadores, siempre dueño de sí, sabio en el difícil manejo de las palabras que llegan a los corazones, se levantó de su trono, para hablar ante la espectación.

Habla el Rey Fernando.

Sus palabras son claras, precisas, escuetas, sin artificios retóricos; habla no como un candidato que busca el aplauso, sino como un Rey compenetrado con su pueblo, al que quiere revelar los secretos de su política. Habla de lo que por aquellos días constituía el tema apasionante de todas las conversaciones de los españoles. La situación era ésta: desde la conquista de Granada venían proyectando los Reyes Católicos, llevar la guerra a la costa de Africa. Las dos guerras de Nápoles primero, y la actitud de Felipe el Hermoso negándose a reconocer a Fernando como gobernador de Castilla, cargo que le asignó en su testamento la Reina Isabel, habían retrasado la ejecución de aquellos planes. Sin embargo, ya en los últimos años del siglo XV se había podido conquistar Melilla y Cazaza. Al amanecer sobre las aguas del Mediterráneo las primeras luces del año 1500, de aquel siglo XVI que iba a ser el gran siglo

de España, navegaban rumbo a Levante las naves del Gran Capitán, que allá en Cefalonia pusieron la primera barrera al avance hasta entonces incontenible de los turcos. Invadían día tras día, los soldados de la Media Luna, las tierras cristianas del próximo oriente, pasando a cuchillo a sus habitantes, arrasando a sangre y fuego las ciudades y amenazando la propia Sede de la Cristiandad, Roma. Son puños españoles, los que alzan las cortas y anchas espadas que destrozan por primera vez el poderío del turco en el asalto de Cefalonia. Y conquistada la isla por nuestras armas, el Gran Capitán la entrega haciendo una cortés reverencia a los Venecianos. Primer rasgo inexplicable de la Historia de España. Por aquel hecho glorioso, el Papa le dió al Rey Fernando el título de Defensor de la Fé.

Más tarde el Alcaide de los Donceles conquista en 1505 a Mazarquivir; en 1508 Cisneros toma a Orán; y en 1509 y 1510 Pedro Navarro va conquistando el Peñón de Vélez, de la Gomera, Bugía y Trípoli, consiguiendo además que se declaren vasallos de España, y alcen en sus torres a los vientos del desierto la bandera roja y gualda, los reyes de Trémecen, Túnez y Argel. Toda España hablaba entusiasmada de aquella serie de victorias, y en las frías noches de la meseta castellana ardían los relatos de estas hazañas, al rescoldo de ocho siglos de guerra contra el infiel.

Y ahora, en las cortes de Monzón de aquella primavera luminosa de 1510, está hablando el Rey Fernando precisamente de esta nueva guerra contra el infiel. Sencillamente va descubriendo sus propósitos: hay que abatir definitivamente a la Media Luna; hay que expulsarla de esta gran pila bautismal

del mundo, que es el mar Mediterráneo; hay que dominar todos los puertos de la costa africana hasta el Asia Menor; hay que abrir de una vez al fervor de los peregrinos, el camino de Jerusalén. Las palabras del Rey Fernando, el político más realista que hemos tenido, el menos propenso a embarcarse en irreflexivas aventuras; nos parecen hoy anacrónicas, casi inexplicables; en 1510, en medio mismo de la época en que, el renacimiento, hizo confundir a tantos agudos ingenios la belleza con la paganía; viene a proponer una cruzada camino de Jerusalén, como en los días legendarios de Ricardo Corazón de León, o de aquel hijo de una Infanta española, San Luis Rey de Francia. Pero, ésto que a nosotros puede parecernos tan inexplicable como el enviar sus escuadras a arrebatar la isla de Cefalonia de manos de los turcos, para luego regalársela graciosamente al Dux de Venecia; lo comprendían sin dificultad las Cortes reunidas en Monzón, que después de oír lo que el Rey Católico vino a decirles, votaron un subsidio extraordinario para aquella empresa, el más cuantioso que nunca en tiempo alguno se concediera.

Sabían muy bien los representantes de los Reinos de la Corona de Aragón y todos los Grandes y Señores allí presentes, lo que son las inefables dulzuras de la paz que acababan de recuperar con toda su muelle seducción, gracias al Rey Católico; después de los excesos turbulentos, llenos de muertes a mano airada, de robos, saqueos, alborotos, e incertidumbres, en los días breves y malditos de aquel señorito rubio y calavera, capaz de dilapidar en unos meses los tesoros de orden acumulados hacendosamente durante toda su vida por la Reina Isabel, y a quien la historia justiciera y desdeñosa señalando su

única cualidad, ha apodado Felipe el Hermoso. Sabían aquellos caballeros reunidos en Monzón, que ningún peligro amenazaba a España, que todas las consideraciones de los hombres prácticos aconsejaban gozar ahora de una época de prosperidad y de calma que acababa de iniciarse en 1508, una vez abatidos los levantiscos nobles, que se habían opuesto un momento a que el Rey Fernando asumiera la gobernación de Castilla.

Pero de pronto, en medio de la serenidad de una vida quieta, viene la palabra del Soberano a pedirles sus vidas, las de sus hijos y una parte muy importante de sus haciendas, para ir a una empresa lejana de la que no parecía haber urgencia alguna. Y aquellos aragoneses cuya historia les enseñaba a hacer frente sin pestañear, a los caprichos de los Reyes, aquellos castellanos que ayer todavía formaban en el bando de Felipe el Hermoso y expulsaban al Rey Católico de Castilla; ahora unánimes con su Señor, convencidos sin necesidad de razonar, aceptan al instante el doloroso sacrificio que se les pide, e inician inmediatamente los preparativos para la guerra contra los infieles.

Otro hecho tan inexplicable como los anteriores. Dentro de la actual visión de la Historia y la Política no comprendemos que, el Rey Católico, pidiera a sus pueblos un extraordinario sacrificio, ni que las Cortes se sumaran en el acto y sin vacilación alguna a sus propósitos; para organizar aquella campaña por las costas de Tripolitania y Egipto (se habló concretamente de ir a conquistar Alejandría), cuando recién descubierta América parecía que por este lado tenían que encauzarse todas las actividades disponibles;

cuando nada nos obligaba a la defensa de intereses materiales o políticos, en el Asia Menor.

A pesar de todo la empresa se preparó y se llevó a ejecución. Salió mal; un ejército poderoso a las órdenes de D. García de Toledo, primogénito del Duque de Alba, fué destrozado en la isla de los Gerbes y una tempestad de nunca vista violencia — esa implacable tempestad empeñada en fulminar una y otra vez sus rayos sobre las cumbres de los altos destinos de España — hundió cerca de Malta una docena de naves, y dipersó maltrechas las restantes con los supervivientes de aquella expedición. Llegan las noticias al palacio del Duque de Alba. Después de haberse informado sosegadamente del desastre de los Gerbes, pregunta el Duque

"¿Y Don García?".

Le cuentan que se ha encontrado su cuerpo destrozado entre un montón de cadáveres enemigos. Y él, impasible, dice estas solas palabras:

"¡Oh, buen hijo!".

Nada más. Aquel hombre de hierro, abuelo del que luego fué el gran Duque de Alba de los tiempos de Felipe II, no encuentra que fuera necesario lamentar la muerte de su hijo, heredero de la primera familia de España, puesto que murió como murió; murió como bueno por su Dios y por su Patria y no otro era su destino en este mundo!

La empresa salió mal. Pero España había empezado su gran obra; España había cubierto su primera singladura por los mares imperiales.

No era Fernando hombre que se dejase amilanar por un revés. A principios de 1511 se traslada a Sevilla para dirigir personalmente los preparativos encaminados a llevar a buen término aquella empresa tan meditada. Cuentan los cronistas de la época, Andrés Bernáldez cura de los Palacios, el continuador de la Crónica de Hernando del Pulgar, etc., que nunca se había visto una escuadra tan numerosa como la que el Rey reunió en el puerto de Cádiz, a pesar de lo cual no había en ella sitio para los innumerables voluntarios que de todas las regiones de España acudían a alistarse, para la guerra contra los infieles. Otra escuadra semejante se reunía en las costas de Sicilia, y una tercera en Nápoles con el propósito de unirse las tres a la entrada del verano, para caer con todo su poderío sobre Túnez y continuar después hacia adelante en la ruta de Jerusalén.

Pero un día de Mayo de aquel año de 1511, llegan al galope tendido las nuevas de Italia. El Rey de Francia ha declarado la guerra al Papa, ha invadido las tierras de la Iglesia, ha ocupado a Bolonia la ciudad más importante de los Estados Pontificios, después de Roma; se ha ganado a un grupo de Cardenales que contrariando lo dispuesto en los cánones ha convocado un Concilio para deponer al Sumo Pontífice, y se propone sustituírlo con un Cardenal que sea hechura suya y esté ganado de antemano a su política. Fernando el Católico comprende toda la trascendencia de aquello; es el cisma de la Iglesia que se va a dividir en dos grupos, uno favorable al Papa y otro partidario del Concilio de Pisa.

Es una de las horas más graves y solemnes de

nuestra historia. Durante 19 años, desde la Conquista de Granada, ha venido meditando el Rey aquel proyecto de llevar la guerra al Mediterráneo Oriental, cortar en seco los avances de los turcos, dominar todos los puertos del Norte de Africa, y amojonar de banderas rojigualdas la ruta peregrina de Jerusalén. Todos los preparativos estaban terminados ahora, y el plan tan largamente madurado estaba en punto de realización. Un historiador, Pedro Abarca, nos cuenta como hasta los efectos personales del Rey estaban ya embarcados: víveres, artillería, municiones, pertrechos de todas clases, la caballería; las tropas todas esperaban en las naves puestas en orden y a punto para zarpar hacia uno de los más grandes propósitos que en España se han concebido. Faltaba sólo, que el propio Fernando pusiera su pié en la galera real, para que empezara a escribirse aquel magnífico capítulo de la Historia, en el cual se hubiera relatado cómo los españoles después de haber dominado totalmente el Mediterráneo Occidental, habían llevado sus armas contra el Sultán de Egipto, derrotándole y haciéndole declararse vasallo de nuestros reyes (como lo habían hecho ya los Soberanos de Trémecen, Túnez y Argél), desembarcando luego en la Morea y en la Trácia, para hacer efectivo el título de Duque de Atenas y Neopatría, que ostentaba el Rey Católico; y luego hubiera terminado aquel capítulo refiriéndonos, cómo el propio Rey que pensaba mandar en persona aquella expedición, llegado a Jerusalén, se había postrado en tierra, hasta tocar con su frente las losas del Santo Sepulcro, perfumadas para siempre por el cadáver sagrado del Redentor.

En el momento en que aquellos sueños sobre los

que la frente fatigada del Soberano debió descansar tantas noches, iban a convertirse en realidad; los estados Pontificios se ven invadidos por las tropas de Luis XII de Francia, y la unidad de la Iglesia se rompe con la convocatoria del conciliábulo cismático de Pisa, sobre el cual fulmina el Papa Julio II la más tremenda condenación y las más graves penas espirituales. Y el Rey Católico se ve forzado a optar entre su política mediterránea, que iba a hacer dueña a España de todos los rumbos homéricos, de todas las estelas imperiales de las trirremes romanas, y su obligación de Príncipe cristiano que lleva el título de Defensor de la Fé. O servir los intereses nacionales, y continuar adelante la proyectada guerra contra los infieles, o renunciar a todo, para defender al Vicario de Cristo en la tierra, atacado a un tiempo en el terreno material y en el espiritual. Los gastos ya hechos, las tropas listas, las naves a punto de zarpar le aconsejan hacerse a la vela; ésta es la voz de la Política. Y el sentido de su responsabilidad de Rey Católico, que tiene el deber de evitar que se rompa la unidad de la Iglesia y la unidad Moral de la Cristiandad Europea, le impulsa a ofrendar su espada al Sumo Pontífice; es la voz de su conciencia religiosa. Luis XII de Francia es un soberano poderoso, el más rico y el más poderoso del continente, y no conviene a Fernando anular la alianza que con él le une; la voz de la política le recuerda que Luis XII, cautamente, cuenta de antemano con el apoyo del Emperador Maximiliano I. El Papa Julio II se ha mostrado siempre anti-español; la voz de la política insinúa que nada se perderá con dejarle pasar algunos apuros como soberano temporal, tanto más cuanto que está

ya muy viejo y enfermo y su muerte, sin duda próxima, cortará de raíz el Cisma que nace.

Es la hora meridiana de la decisión. Fernando elije para España, de una vez para siempre, la defensa de los intereses espirituales y religiosos: el Rey Católico traza a España la ruta de la catolicidad. Del despacho del Rey, salen afanosos los secretarios llevando pliegos de contraorden. Las tropas desembarcan y se licencian, salvo una parte que pasará a Italia a defender al Papa; los concursos voluntarios se agradecen, las galeras vacían sus sentinas; el capítulo de la gran conquista del Mediterráneo no se escribirá jamás. Y la historia liberal, en cuyas hojas de Libro Mayor se anotan cuidadosamente las cifras de beneficios comerciales, y que trata de explicar las más dramáticas palpitaciones de la Humanidad por las leyes económicas que rigen la producción, los transportes y la apertura de mercados, no lo entenderá nunca. No entenderá nunca, por qué Fernando no sacó el partido que se proponía del dinero invertido en la preparación de aquella campaña; ni podrá explicar la razón por la cual el político más frío, reflexivo y calculador que hemos tenido, desoyó en aquel momento todos los consejos de la Política. Y, como no podrá explicarlo, la historia escrita durante la época liberal, que es la que nos han enseñado, afirmará en todos los manuales y aun en las obras de pedantescas pretensiones, que el Rey Católico utilizaba la Religión como un pretexto para encubrir hábilmente no sé qué oscuros designios!

Pero el hecho es, que Fernando rompió su alianza con Luis XII de Francia, mandó a su virrey de Nápoles que marchara con un ejército a Lombardía a cerrar el paso a las tropas francesas, y habiéndose

confederado con Venecia y los Estados Pontificios cuyas tierras iba a defender sin aspirar a ninguna conquista para sí, echó sobre sus hombros todo el peso de aquella guerra. En la batalla de Ravena unos 12.000 españoles se enfrentan con más de 25.000 franceses, entre los que se destaca un número muy elevado de aguerridos hombres de armas cubiertos de hierro desde la cimera hasta los cascos de sus caballos. El ejército español es derrotado y tiene que retirarse del campo. Testigos presenciales nos describen la retirada. Los tercios españoles en correcta formación marcando el paso como en un desfile de ceremonia, a banderas desplegadas y tambor batiente se retiran del campo, acometidos por todo el poderío del ejército francés; la caballería pesada de los hombres de armas carga sobre ellos una y otra vez, con toda la pujanza de sus armaduras y de sus caballos encobertados. Entonces los Infantes Españoles hacen alto, dan media vuelta para situarse cara al enemigo, y aguantan inconmovibles la avalancha de hierro y cólera, que una y otra vez se estrella inútilmente contra sus picas y su tenacidad. Y pasado el ataque se reanuda la marcha en la misma impecable formación. Todos los grandes jefes del ejército francés y el primero de todos su General Gastón de Foix, Duque de Nemours, pierden sus vidas estrellándolas contra la disciplina de aquellos tercios, vencidos pero invencibles! Y la batalla de Rávena ganada por el ejército francés, produce tales destrozos en éste, que un mes después, sin haber podido volver a entrar en campaña se tiene que retirar de Italia perdiendo el Ducado de Milán.

La batalla de Rávena es el bautismo de fuego de la grandeza de España. Aparece allí ya madura

y acabada la invencible infantería española, más gloriosa aún en sus derrotas que en sus victorias; aquellos famosos tercios que desde 1512, batalla de Rávena, hasta 130 años después, en 1643, batalla de Rocroy, no fueron nunca vencidos.

España tenía ya un Ideal, la defensa de la Iglesia y de la Fé Católica; y una espada bien templada, al servicio de ese Ideal. España tenía un Ideal, Ideal *nacional*, es decir, compartido por toda la nación; *nacional*, es decir, que surge naturalmente de lo más profundo del alma española. He aquí el resultado de la gran obra llevada a cabo por Fernando e Isabel, los Reyes Católicos a quienes corresponde este título no sólo por habérselo concedido solemnemente el Papa Alejandro VI, sino sobre todo porque supieron dar a su pueblo una ambición de sacrificio militar y católico.

EL IMPERIO DEFENSOR DE LA FE

He querido pasar rápidamente ante vuestros ojos esta colección de grabados de lejanos sucesos históricos; Fernando habla en las Cortes de Monzón; el Duque de Alba recibe la noticia de la muerte de su primogénito Don García en la derrota de los Gerbes; galeras reunidas en el puerto de Cádiz listas para emprender la guerra contra el infiel; los tercios españoles se retiran de Rávena destruyendo al ejército francés que les había vencido; y si me he complacido en mostraros estas escenas, no es para utilizarlas como premisas silogísticas —pues sé muy bien que para ello fuera preciso un análisis más apretado, y un rigor científico que no cabe en la hubicación estrecha de una simple conferencia—, sino para que,

a manera de ejemplo, nos ayuden a comprender en donde está el ánima y motor de la grandeza de España; de donde le vino aquel aliento de gigante que la llevó a circunnavegar todos los rumbos de la audacia. Hemos dicho que España tenía un Ideal, *la defensa de la Fe*. ¿Por qué caminos pudo nuestra patria hallar este raro tesoro de un Ideal Nacional, capaz de unir a todos para un solo esfuerzo?

Cuando los Reyes Católicos llegan al trono en 1474, Castilla había llegado a tal grado de descomposición, que no hay en nuestra historia momento alguno semejante, hasta las horas míseras que preceden a nuestra gran guerra civil; no había en todo el reino un solo rincón donde un hombre honrado, o donde el decoro de una mujer, pudiera considerarse a salvo. En la corte de Enrique IV no era ya posible el escándalo, por ser habitual todo lo que hubiera podido producirlo; desde el vicio nefando que la guardia mora ha generalizado, hasta la impiedad y la blasfemia instaladas en los aposentos reales! Sobre las heladas mesetas ha nevado el azote de todos los crímenes; los asesinatos, las violaciones, los saqueos; y en sus anchas extensiones no ha quedado en pié uno solo de los 10 mandamientos!.

Un día de Diciembre de 1474 en una plaza de Segovia anuncian los clarines a los cuatro vientos que Isabel la Princesa rubia, de ojos azules y mirada penetrante, que domina y subyuga a los hombres, acaba de subir al trono. Isabel trae consigo al trono su voluntad de mandar, la clara visión política de Fernando, su gran corazón de mujer enamorada de todo lo noble, lo bello y lo bueno, y su intachable virtud castellana austera, sin claudicaciones ni debilidades. Es Isabel una Santa Teresa secular,

empeñada en reformar las costumbres, no ya de la orden carmelita, sino de una Corte depravada. Y aquella Reina de 23 años a la que el Rey de Portugal declara la guerra para disputarle el trono, que ve pasarse al enemigo a los más poderosos Señores de Castilla, y que casi no tiene más armas que su mirada clara y dominadora que hace inclinar la frente a los más descomedidos; logra en poco tiempo, reformar por entero las costumbres de los cortesanos. Los Reyes van a Misa y a vísperas todos los días sin excepción, aunque estén de camino, acompañados siempre por todo su séquito, y exigen que las personas que les rodean observen una conducta intachable. Poco a poco dejan de oírse las historias escabrosas del tiempo de Enrique IV; caen en desgracia los que llevaban una vida depravada; no hay condescendencias con los hombres de conciencia turbia! La casa Real adquiere un tono señoril, limpio y severo; se habla con comedimiento y respeto; a la plebeyez de años atrás, sustituye la sobria elegancia de la conducta correcta.

La Reina ha traído a la Corte a las hijas de los Grandes y se ocupa personalmente de formar sus espíritus, velando sobre ellas como la gran madre de España que es; y los hijos de los nobles que forman el séquito del Rey, se van templando en el ambiente austero, de un recio ascetismo y de una transparente pureza de costumbres, que se respira a presencia de Cisneros, de Fray Diego de Deza, de Fray Hernando de Talavera. Aquella Reina menudita e indomable, la más bella dama de Castilla según un cronista contemporáneo, erguida su fina silueta sobre la blanca hacanea; recorre continuamente todas las provincias de España, dejando tras de sí el per-

fume de sus claras virtudes. Y a medida que los pajes que ha traído a su corte adquieren la madurez de discreción y de prudencia, la fortaleza inquebrantable en la adversidad que los reyes enseñan con su ejemplo, su amor a la justicia, y aquel tono de moderación y templanza que caracteriza a los buenos gobernantes; los van enviando a regir las provincias, llenos de Fe en Dios y hechos a saborear la dulce sabiduría de las virtudes cardinales! Al igual de lo que vieron hacer en la Corte, aquellos gobernantes que los Reyes Católicos supieron formar, han introducido en sus magníficos castillos (castillo de Belmonte, Castillos de Peñafiel o de Turégano, Castillos de Coca o de Medina), o en sus mansiones señoriales (casa del Cordón, de los Fernández de Velasco, en Burgos; Palacio de Monterrey en Salamanca; Palacio del Duque del Infantado, en Guadalajara; casa de los Pérez de Vivero en Valladolid), las nuevas costumbres y las nuevas normas de distinción sosegada y cristiana. Toda España, imitando a sus reyes, va a misa y canta las horas canónicas. El idioma castellano ha acuñado una palabra cifra y clave de toda nuestra grandeza posterior: la palabra rectitud.

En la vida de familia, en la conducta privada, en el manejo de los asuntos públicos, en la hacienda y en los impuestos, en la administración de justicia, y en el ejercicio del mando militar, en los ademanes exteriores y en los íntimos movimientos del espíritu; España ha aprendido de Fernando e Isabel, a producirse, a hablar, a obrar y a pensar con rectitud. Los españoles han aprendido de sus reyes, a preciarse de vivir en gracia de Dios y a honrarse de ser buenos cristianos. Cuenta Fernández de Oviedo en sus iné-

ditas "Quincuagenas de la Nobleza Española" —uno de esos inestimables tesoros que guardaba manuscritos la Biblioteca Nacional de Madrid, y que es de esperar no haya sido saqueado y destruído como tantos otros por cualquiera de esas rondas del amanecer dedicadas al asesinato de la gran España de ayer— cuenta Oviedo en sus Quincuagenas, que de tal manera se habían convencido los españoles de que para tener el aprecio de sus reyes, era indispensable gobernar sus vidas según una rígida moral católica; que llegó a advertirse en la Corte la presencia de algunos pretendientes a cargos públicos, que andaban por la casa Real con los ojos bajos y fingiendo hipócritamente una devoción que no sentían, para atraerse así las preferencias de los Soberanos.

Este detalle es para mí, uno de los hechos más trascendentales de la Historia de España. Los Reyes Católicos han realizado la más grande transformación posible, la de cambiar las costumbres de su pueblo; y si, con Enrique IV, se llegaba a la privanza del Soberano alardeando de vicios innobles y de ideas descreídas, ahora sólo hay cargos para los hombres de conciencia insobornable, y se ha puesto de moda que el confesor se siente a la mesa en todas las casas de los poderosos, para recordarles a diario que no se les ha dado el mando para satisfacer su arbitrariedad, sino para proceder de acuerdo con sus obligaciones cristianas.

¿Cómo pudo llevarse a cabo un cambio tan radical en el cotidiano vivir? El gran acierto de los Reyes está, en haber gobernado de acuerdo con lo que España sentía y creía. Una reforma tan honda no hubiera sido posible sino coincidiendo exactamente con

el clima místico y creyente de la Nación. En España gobernar en cristiano, vivir con rectitud, defender a la Iglesia; tenía que tener la más unánime popularidad. Y, cuando Fernando el Católico, marca para siempre el rumbo de nuestros destinos, lanzándose a la lucha contra el Cisma; la Nación le sigue y está con él a vida y a muerte, porque antes, durante largos años, ha adquirido el hábito de vivir según la ley de Dios.

Esta es la fuente de la eterna juventud, de donde España sacó sus fuerzas de coloso. Nación fundamentalmente católica, hecha a considerar como una obligación primaria el servir a Dios y el sacrificarse para lograr el galardón en la otra vida; pudo asumir la misión de extender la Fe hasta las tierras más remotas y de defenderla con su sangre en cualquier punto donde se viera atacada. Es inútil tratar de comprender la Historia de España con el criterio liberaloide e irreligioso del siglo XIX: pero todo se ilumina y aclara cuando sinceramente tratamos de penetrar en la mentalidad de los hombres de aquellos días, y de ver los sucesos con los ojos que ellos los miraban. Cuando Fernando el Católico alza mesuradamente su voz en las Cortes de Monzón de 1510 para proponer, en pleno renacimiento, casi media docena de años antes de que la heregía de Lutero gangrenara a media Europa, que todas las fuerzas de sus reinos se aplicaran a libertar de infieles el camino de Jerusalén; es porque —según he visto yo con mis propios ojos en múltiples documentos suyos que se guardan en el archivo de Simancas— entendía, que era su deber de Príncipe Cristiano, servir a Dios con todos los medios que Dios había puesto en sus manos. Si las Cortes aprueban sin discutir la idea

del Rey, que se les aparece como grandiosa y digna de ofrendar por ella la propia vida, es porque piensan, que la razón de ser de su paso por este mundo esta en sacrificarse por amor de Dios! Por este concepto católico y generoso se explica, que concediesen al Rey, con aquel objeto, el subsidio más alto que se había votado jamás; se explica que, al surgir el Cisma provocado por el Conciliábulo de Pisa, dejándolo todo, fueran los españoles a defender al Papa Julio II, contra los ataques de Luis XII; se explica el que, al terminarse victoriosamente la guerra con la expulsión de los franceses del Ducado de Milán, no intentara el Rey Católico adueñarse de un palmo de la tierra conquistada, y entregara al Pontífice a la primera indicación las ciudades de Parma y Piacenza, bases de acuartelamiento de su ejército. Toda la historia de España la explica su Catolicismo.

Así fué como España llegó a tener un Ideal, un gran Ideal Católico, porque el propósito de propagar la Fe incendiaba de entusiasmo los corazones de los más fríos hogares castellanos. Porque este ideal, lo comparten todos los españoles, pasa España a ser una gran nación; porque todos hacen suyo el título concedido por el Papa a Fernando V, salta al palenque de las guerras de Religión el gran Imperio Defensor de la Fe!

ROMA Y ESPAÑA

No se pasa de Nación a Imperio, por simple acumulación de lejanas provincias. Roma, el Gran Imperio de la antigüedad es algo mas que una serie de conquistas militares. Roma es ante todo una idea en avance incontenible. Con las legiones romanas irrumpe en todas las tierras del Mediterraneo, una

Ley, una norma de vivir, un orden social nuevo. Las simientes de la cultura, que Roma ha recogido amorosamente de los armoniosos jardines helénicos, son trasplantadas a todos los rincones del mundo hasta entonces conocidos. Roma, gran sembradora, ha lanzando a voleo todos los gérmenes fecundos del humano saber. Y el brillo de los cascos, las corazas y las espadas de sus legionarios que avanzaban hacia nuevas tierras, era el alborear de la civilización que nacía. Por eso fué Roma Imperio, porque sus espadas iban abriendo anchas calzadas civilizadoras, por las que había de discurrir la humanidad durante siglos. Por eso es Imperio el de Marco Aurelio el estoico, y no el galopar de Atila o de Tamerlán!

Un Imperio es ante todo una osadía creadora y una nítida y bien delineada geometría del espíritu. Contra lo que parecen creer aun hoy día algunos patrioteros, un Imperio no es una simple alineación de contribuyentes de todos los colores, ni una explotación ganadera de regimientos coloniales con que sustituir las maltusianas anemias de la metrópoli. Imperio es creación, generación de pensamiento, dilatadas plantaciones de los frutos jugosos de una civilización joven y vigorosa. Los pueblos que se han limitado a conquistar territorios por muy extensos que sean, así como los árabes, los mongoles y otros países modernos que subyugaron inmensas estépas asiáticas, no son imperios aunque quieran llamarse así, sino simples coleccionistas de meridianos.

Roma significa civilización, pero una civilización que se dibuja con líneas toscas y rudimentarias sobre unas tablillas cubiertas de cera. Es una civilización que empieza, primitiva e imperfecta, que se divierte lanzando cristianos a las fieras y que, después

de varios siglos de filosofía, no consigue averiguar cuantos dioses hay en su Olimpo. Ruda y deslucida civilización, vestida de retazos de barbarie, joya de lujo de unos pocos patricios enamorados de la retórica, e indiferentes al humano dolor de los esclavos que arrojan al estanque para alimento de los peces. La impecable toga romana de pliegues simétricos, no acierta a cubrir del todo la corrompida desnudez del paganismo.

Como Roma, España se hace portadora de la civilización al Nuevo Mundo. Pero entretanto la civilización se ha ido depurando en la larga alquimia de los siglos medioevales, y las escorias romanas se han convertido, a la llama del Cristianismo, en fino oro de ley. La civilización actual es civilización porque es cristiana, se forma y se desarrolla escuchando las voces divinas que traen temblando de emoción las brisas que vienen de Galilea, acude a las aulas de los escolásticos a aprender de Santo Tomás las palabras de la eterna e inmutable sabiduría, y sólo adquiere su plenitud maternal cuando mece en sus brazos a las generaciones, enseñándolas *a amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo!* En estos días indiferentes y materialistas, es preciso recordar esta verdad primaria innegable; cuanto hay de noble y elevado, todo cuanto tiene un auténtico valor y una dignidad permanente, todo lo que hay de realmente civilizado en las ideas o en los sentimientos del hombre, ha fluido de los suaves labios del Divino Maestro!

Entre la obra de Roma y la de España hay la misma diferencia que entre el histrionismo poético de las vestales y el alma cristiana de Teresa de Jesús. Roma extiende por el mundo occidental un prin-

cipio de cultura balbuciente e insegura de sí misma; pero España lleva consigo a todas las proyecciones de la rosa de los vientos, la obra maestra del arte europeo, aquella civilización cristiana que en el 1500 está en su apogeo,, cuando todavía Europa, sintiéndose unida y solidaria dentro del concepto familiar de Cristiandad para protección y extensión de la Santa Iglesia, no se ha visto atacada aún por la hemiplegia del protestantismo. España por encima de Roma es la gran difusora de civilización, porque le incumbió la misión más seria que cabe realizar sobre la Tierra, la de cubrir la inmensidad de los continentes con *la sombra de la Cruz!*

Llegan los españoles de Colón a las Indias, con la orden expresa de los Reyes Católicos— según nos refiere él mismo en su diario— de buscar la manera de convertir a sus naturales a la Santa Fe. Y a poco las costas, los valles, las selvas que se acaban de descubrir se constelan de nombres que eternizan la devoción de sus fundadores : San Salvador, Trinidad, Santa María, la Asunción, Santiago, San José, Santo Domingo, San Francisco, Los Angeles, Santa Fe, Rosario, San Juan. A bordo de aquellas naves milagrosas, había venido no sólo todo el saber humano de la época, sino por encima de él la blancura supraterrena de la Eucaristía. Fueron manos españolas las que hicieron alborear sobre el continente americano el Sol deslumbrante de la primera Hostia consagrada, y corazones españoles los que se aplicaron a enseñar a los indígenas la incomparable melodía espiritual de los Evangelios!

Así fué como conquistó España a América, en una conquista que pertenece más que al arte de la guerra, al arte del amor! Envió España en la impedi-

menta de sus ejércitos, la miel de una doctrina dorada con los reflejos luminosos de la Revelación. Y así se conquistó América, haciendo llegar hasta la entraña de los aborígenes *la maravillosa embriaguez de las palabras de amor divino!*

Los hijos de los indios, a la segunda generación, hablaban castellano y rezaban el Padre Nuestro y escribían libros que se imprimían en Méjico o en Lima, lo mismo que los hijos de los conquistadores, a cuyo lado se educaron sin que se hicieran diferencias entre los unos y los otros. Porque eran ellos mismos hijos de España, ya que se habían asimilado su pensamiento y su credo nacional y católico. Supieron las armas abrir con gallardía paso franco, a través de todas las impenetrables selvas; pero la conquista fué un ganar las inteligencias a la cultura, un sustituir los sacrificios humanos, por la ternura de los sentimientos humanitarios; un embeber las almas en las bellísimas normas de la caridad, la abnegación, el amor al prójimo y el renunciamiento que aprendemos con emoción indecible en *la Vida, Pasión y Muerte del Señor.*

España, como Roma y más que Roma, fué un Imperio, porque supo enseñar. Un Imperio, según el concepto español, es una doctrina y una disciplina; es una original arquitectura del espíritu, y un tenor de conducta. Y España, la gran España del Siglo de Oro, era no tan sólo unos tercios invencibles como pretenden los simplistas; sino primordialmente aquello que constituía la razón por la cual los tercios habían adquirido un ánimo que los hacía invencibles. España era y llevaba consigo una teología, una mística y una ética. Menéndez y Pelayo pudo decir con justicia que *"España era un pueblo de teólogos arma-*

dos". Sobre la masa de mediocres, se movían los hombres que vivían una vida de ascetas prestos a toda privación, que buscaban con ardor místico la salvación de su alma por encima de los bienes materiales, y que tenían en sus cerebros una clara y metódica explicación teológica de la Creación. Con ellos se pudo conquistar un mundo. España fué un Imperio, porque tenía una doctrina; y fué el más grande de los Imperios, porque tenía la más bella y profunda de las doctrinas, *la Doctrina Cristiana.*

MISION APOSTOLICA DE ESPAÑA

Se ha calculado que el Imperio Español tuvo una extensión superficial 23 veces mayor que el Imperio Romano. Pero no tanto por su extensión como por la elevación de sus enseñanzas le supera de modo incomparable.

Nuestra grandeza consiste en que el Imperio Español se asignó y supo cumplir sin vacilaciones una misión superior, su misión apostólica *¡Misión Apostólica de España!* Allí donde pudo resistir a los asaltos enemigos la barrera de picas españolas, en Breda, en Maestrich, en Bohemia, en Lepanto... *quedó trazada la frontera del catolicismo!* Allí donde llegaban las quillas de nuestros descubridores, se iba empavesando el mapa con *nombres de santidad!* Allí donde puso el pié un conquistador español, *quedó clavada una Cruz!*

¡Misión Apostólica de España! Toda América, con su carne y con su espíritu, es testigo imperecedero de como supo desempeñarla! Sobre las selvas vírgenes del trópico, sobre las aguas estremecidas, sopla el verbo de Dios cuando desde lejos se oye por primera

vez el saludo de los descubridores españoles, el *Te Deum Laudamus*, que entona Balboa al divisar el nuevo Océano. Con la mano empapada en la sangre de sus heridas, trazaron los conquistadores españoles la *cruz de Pizarro* para besarla y morir, sobre la tierra americana, que quedará impregnada en la eternidad de *aquel bautismo supremo de todo el continente!*

¡Misión Apostólica de España! ¡Con qué noble arranque la llevó a cabo! España es la nación *que más niños infieles ha acercado al Maestro de la Verdad y la Vida*, que los llamaba dulcemente desde Cafarnaúm; la que más pechos varoniles ha condecorado, *con la señal de la Cruz;* la que más almas de mujer *ha hecho temblar de místico amor*, el que arrebataba en éxtasis a Santa Teresa! España es entre todas las naciones, la que más anchos océanos bautizó, entrándose en ellos hasta los pechos para santiguarlos con su espada; la que más tierras retuvo para la piedra de Pedro, cuando quiso minarla el hereje o el turco; la que a más sacrificios humanos puso fin, y mayor número de corazones resucitó a una vida nueva, salvándolos del incaico puñal que los ofrendaba a los ídolos, para llevarlos a la mesa de la Eucaristía!

¡España! Tú trajiste al Vicario de Cristo más fieles, y levantaste más altares, y enseñaste el camino sideral de la Vida Eterna a más moribundos, que ningún otro pueblo! ¡Más que ninguno, tú cruzaste la blanca venda de las bienaventuranzas, sobre los pechos desgarrados de dolor, y abriste paso a las Custodias procesionales, por recién fundadas poblaciones empedradas con la limpia plata de la Fé del neófito, y sacrificaste tus hijos para perfumar labios

paganos o heréticos con el nombre adorable de María!

Christus ferens — el que lleva a Cristo— firmaba Colón a partir del descubrimiento. ¡Tú, España, España, eres el pueblo que, desgarrándose tus carnes en el camino, cayendo y levantándose, sobre las zarzas y los peñascales, *llevaste a Cristo sobre tus hombros a las fronteras del mundo!*

Ciegos, quienes no ven en la obra de España, sino el apetito brutal o codicioso de éstos o aquellos, como si con otra cosa que con hombres se pudieran llevar a cabo las increíbles gestas sobrehumanas. Cualesquiera que fueran los defectos, las debilidades o los crímenes de algunos de ellos; por donde avanzan los españoles en la historia, flota sobre ellos la blanca nube de las enseñanzas de Jesús, que van predicando por el mundo. Y cuando extinguida la patria potestad sobre las naciones que ella creó, llega para éstas la mayor edad; aún resuena todos los días, de punta a punta de América, el salmo de bronce que repican a maitines *las campanas que te dejaron los españoles!*

¡Por eso eres inmortal, España! Por que pusiste tus espadas y el ardor de tus sienes al servicio de Aquel, que *parte con sus manos divinas el pan que da la vida eterna;* porque caíste desfallecida, *rotos los puños a fuerza de aporrear hasta resquebrajarlas, "las puertas malditas que no prevalecerán!"...*

Se derrumbó el Imperio, vinieron a tierra los arcos de triunfo, rendida por un esfuerzo sobrehumano, España tuvo que retirarse a su casa natal; nada queda de su soberanía política más allá de las cuatro paredes de sus fronteras. Pero, mientras haya en tierra americana unos labios que recen el Padre

Nuestro en castellano, subsistirá la grandeza de España. Por encima de toda la palabrería de las acusaciones lanzadas contra ella, ahí estará la prueba de cómo supo cumplir su misión apostólica, su propósito de civilizar evangelizando! Contra lo que creen los superficiales, no es civilizar enseñar a conducir máquinas, o construír rascacielos, ni siquiera el aprender una técnica, o el dedicarse a una investigación científica profunda; no es una excepción, ni mucho menos el hombre de ciencia, el gran inventor, el sabio médico con el corazón lleno de crueldad e indiferencia ante el dolor ajeno. Civilizar, hoy como ayer, es *enseñar a los hombres a ser buenos y justos y caritativos desde lo íntimo de su alma,* transparente a las miradas del supremo Juez, y hacerles saber que hasta del más recóndito pensamiento que no se ajuste al Decálogo de honrar padre y madre, no levantar falso testimonio, no desear la mujer del prójimo, no codiciar los bienes ajenos; habrán de dar un día estrecha cuenta. Porque civilizar, no es someter a la policía las acciones exteriores; sino a las leyes eternas las últimas honduras del deseo y del pensamiento! No es civilización, la que se conforma con ademanes externos ¡sino la que *brota fresca y pura del fondo de las almas!*

Por su misión Apostólica, por su magna obra evangelizadora es España el pueblo que más ha hecho por la civilización! Civilizar es, lo que hizo el Padre Montoya y sus compañeros Jesuítas en el Paraguay, al sacar de la barbarie y llevar a vivir honestamente a los indios en sus reducciones, donde durante años no se cometía un solo pecado mortal; es decir, ni un solo crimen, ni una sola injusticia, ni una sola violencia a la ley del amor entre los hombres; ci-

vilizar es, lo del Padre Jesuita Anchieta convirtiendo a los antropófagos del Brasil en gentes respetuosas y comedidas; civilizar es, lo del P. Valverde que empeñado en la misma tarea con los antropófagos del Perú, es devorado por ellos al pié mismo del altar; o lo de aquel San Luis Beltrán que, para cortar las violencias y los crímenes en las tribus indias de Nueva Granada, partía el pan haciendo brotar sangre de él; o lo del Obispo Juan de Zumárraga, padre de los indios de Méjico; o lo del P. Urdaneta que en arriesgadas navegaciones llevó la Buena Nueva a las olvidadas islas del Pacífico; o lo de Fray Francisco de la Cruz dedicado a hacerla abrir sus brazos redentores desde las más altas cumbres de los Andes! Ningún país hizo más por la humanidad, ningún pueblo realizó tan vasta y magnífica labor de civilización como España!

HISPANISMO VICTORIOSO

Tan vasta y magnífica labor de civilización, es el caudal inapreciable, el tesoro de joyas de cultura que se ha transmitido de padres a hijos, de generación en generación hasta llegar a nuestras manos. Aquel pasado de altura sin igual, no es solo de los españoles nacidos en la actual tierra de España, es un pasado hispánico. Lo forjaron, con alma de España, los conquistadores y colonizadores que partieron un día para no volver, rumbo a las Molucas, a las Antillas o a las Filipinas; los que levantaron su casa sitiada sin cesar por las flechas envenenadas en Castilla del Oro, en la ciudad de los Reyes de Lima, o en Nuestra Señora del Buen Aire. El genio de España les guiaba y daba fuerza a sus brazos, pero

ellos desde lejos sostenían en vilo su grandeza. Nuestra historia es, pues, no sólo de España sino también herencia legítima de las naciones que descienden de la sangre y del espíritu de los conquistadores.

Lo que a los españoles y a los hispano-americanos nos une, más que la comunidad de origen y de estirpe, es el haber llevado a cabo juntos la más grande tarea que vieron los siglos. Tenemos todos los hispánicos por igual, el derecho y la obligación de sentirnos solidarios con lo que hicieron nuestros antecesores. Pesa sobre nosotros el deber de compenetrarnos con los esfuerzos que ellos realizaron, y prolongarlos hacia el porvenir dejando a nuestros hijos, sin depreciación alguna, *la misma sagrada herencia de la civilización cristiana que de ellos recibimos.*

Ha habido un día, porque para la historia los siglos se cuentan por días, en que ha pasado por encima de todos los pueblos hispánicos una oleada de escépticas risitas volterianas, de sarcasmos enciclopedistas, fríos alardes liberales de impiedad y ateísmo, que han oscurecido la clara visión del destino histórico de los hispánicos! Pero, a la hora de alzarse ya públicamente el banderín de enganche de los "Sin Dios" que hacían gritar a los niños de Madrid en los desfiles por el centro de la población el terrible lema "ni padre, ni madre, ni Patria, ni Dios"; nos hemos dado cuenta de que, en nosotros vivía aún el ideal de otros tiempos. Ante el ataque descarado de los enemigos de la civilización cristiana, hemos advertido que nuestro deber era defenderla con todas nuestras fuerzas en el futuro, como lo hicieron nuestros mayores en el pasado. He aquí el gran ideal que ha de unirnos en un próximo mañana a todos

los hispánicos, es decir, a los nacidos no sólo de la carne sino sobre todo del verbo, del alma densa y heróica de España!

El día de la Resurrección florida de los ideales españoles, el 18 de Julio de 1936, se han levantado por fin juntos y encuadrados por la lucha contra el comunismo, todos los que a solas en las largas veladas invernales caldeaban sus espíritus con la lectura de las hazañas pasadas; los que sentían sus ojos empañados de lágrimas, al pensar que habían nacido demasiado tarde para pelear contra la media luna, o para hundirse luchando contra las luteranas tempestades, que echaron a pique a la Armada Invencible! Al sonar a cañonazos la hora de Franco, corrieron a alistarse junto al Caudillo que alzaba la bandera roja y gualda de Fernando el Católico, y les hablaba de Imperio y de acabar con los enemigos de la Cruz; todos los que sienten infinitos anhelos seculares en el alma, que hubieran querido ser soldados del gran Capitán, y marcar el paso bajo los estandartes Pontificios de Rávena; o marineros de los que osaron clavar sus proas en las terroríficas leyendas del mar tenebroso, para arrojarse a la aventura sin igual del descubrimiento; los que hubieran acudido como voluntarios a Sevilla, al tocar el Rey Católico el rebato de la cruzada contra los Infieles con la ilusión de que una estrella les guiaría, con la mirra de sus oraciones hasta Belén; los que darían cuanto poseen, por haberse hincado de rodillas a entonar el TE DEUM de Balboa, o por haber podido empuñar las espadas con que sus abuelos escribieron las páginas más emocionantes de la historia del mundo!

Los españoles de Franco tienen nuevamente un

Ideal, el eterno, único e insuperable Ideal español y católico de nuestro Siglo de Oro. Esta es la garantía que tenemos de nuestra futura grandeza. Cualesquiera que sean las interpretaciones que difunden por el mundo unos periodistas extranjeros redactores de las grandes agencias de información, incapaces de penetrar en el fondo del alma española; los que estamos viviendo la hora clamorosa de Franco, sabemos que toda nuestra España de hoy, tiene su corazón alborozado en el latido ultrahumano de su Isabel! No se trata ya de emprender temerarias navegaciones hacia lejanas islas envueltas en misterio; pero frente a las roncas voces de odio y a los puños crispados de cólera satánica, que se levantan contra el cielo desde el fondo de los abismos; parece oírse sobre el planeta un nervioso y apremiante clarineo, *que nos llama a filas a todos los hispánicos, viejos tercios de vanguardia de la civilización cristiana!*

He aquí lo que significa y lo que promete la victoria de Franco. Es la victoria de los españoles de claros y metódicos cerebros de Trento y de Salamanca, sobre los extranjerizantes que tomaron bobaliconamente las purpurinas volterianas ideas por oro molido y que creyeron con imperdonable ingenuidad que podía haber algo más que odio en los puños cerrados, *que amenazan vanamente hacia el infinito estrellado del Altísimo!* Es la victoria española y Cristiana, sobre todos los enemigos que se nos infiltraron en las horas desmayadas de la derrota; victoria sobre el luteranismo que disfrazado con las pelucas enciclopedistas vino a engendrar el liberalismo exangüe y descreído, que nos habla con voz engolada de unos derechos del hombre entre los que se olvida el más alto de todos *el de ser hijos de Dios y here-*

deros de su gloria; victoria sobre los afrancesados de Napoleón y la revolución francesa, y los pedantescos europeizantes que no querían saber nada de la civilización que España había hecho suya, y había trasplantado a medio mundo; victoria sobre nuestra propia pequeñez y nuestra indiferencia y nuestra tibieza patriótica; *victoria sobre nuestra apostasía al viejo Ideal!* Así es la victoria de Franco que, encendida y ardorosa, ha vuelto a encarrilar a nuestra patria por la antigua órbita planetaria de su grandioso destino! Esta es la victoria de nuestro espíritu Imperial y católico, sobre las míseras claudicaciones decadentes! Con la victoria de Franco ha terminado nuestra decadencia y en la España que no conocía el ocaso, en nuestra España, *empieza a amanecer!*

FIN

Santiago y Las Milicias Internacionales

Ha llegado la hora de la Paz, no por muy esperada menos sorprendente. Cuando el 18 de Julio de 1936 los pechos enardecidos de los voluntarios de Franco atronaban los campos y las plazas de nuestra Patria con el "Viva España" que por fin se podía lanzar a los vientos después de haberlo tenido que esconder como un amor inconfesable en el fondo del pecho durante años, nadie hubiera podido imaginar que ahora en el momento de la Paz los rojos pretenderían presentarse ante el mundo como defensores de España. De todas las sorpresas de la guerra, ésta es la más inesperada y tan increíble que no podemos acabar de convencernos de que verdaderamente haya habido en la zona roja alguien tan obcecado que se atreviera a pedirnos a nosotros garantías de nuestro patriotismo y seguridades de que hemos de defender la independencia de España. Y sin embargo todos conocemos aquí en América gentes que si al principio de la guerra civil estuvieron al lado de Franco, ahora o vacilan o marchan claramente con quienes se han atrevido a acusarnos de estar al servicio de la invasión. Tanta es la fuerza de la calumnia que aun después del triunfo del Caudillo hay quienes sienten sinceros temores de que sus victorias signifiquen el aplastamiento de la voluntad

española y el sometimiento de su gigantesca personalidad histórica a extraños vasallajes.

Terminada la guerra en los campos de batalla continúa la mentira y el engaño atacándonos desde lejos para apartar de nosotros a nuestros hermanos de América. Conviene por lo tanto poner un poco de claridad en este punto tan esencial. Una Patria fué siempre ante todo un aliento secular, un calor en el corazón transmitido de padres a hijos en el transcurrir de las edades y los tiempos, una coincidencia de nuestros amores y nuestras esperanzas con las que turbaron las vigilias de nuestros abuelos más remotos unánimemente durante generaciones y generaciones. Y así la Patria española es para nosotros un sentimiento de solidaridad y compenetración con todo lo que España fué en el pasado. Para hablar en nombre de España es indispensable sentir esa coincidencia íntima y total con aquella grandeza de ayer la más luminosa y preclara que pueda ostentar pueblo alguno. Para saber quien defiende a España y quien no, hay que advertir quien es el que verdaderamente está compenetrado con aquella historia gloriosa que viene a constituir como el soplo vital que anima a nuestro concepto de Patria.

Pero ¿en qué consistió, en donde se halla la médula y esencia de aquella inigualable grandeza de la España Imperial? Si nuestra Patria fué la primera por el acopio abrumador de glorias militares no está en ello su primacia porque no se mide en kilómetros cuadrados la majestad histórica de un Imperio. Si el Imperio Español fué el más noble y admirable que haya existido es porque todo él estaba transfigurado por un magnífico ideal, porque puso todo su esfuerzo hasta el agotamiento y derramó pró-

digamente su sangre hasta quedar exhausto por llevar a los mas remotos linderos del mundo las divinas palabras que pronunciaron en Galilea los dulces labios de Jesús. Nuestra grandeza consiste en que toda la nación, integralmente, supo poner su genial reciedumbre en enseñar a los que no sabían, en elevar a la hidalguía de la civilización a los nativos de sus vastísimos dominios haciendo llegar hasta ellos la sabiduría suprema de la más levantada de las doctrinas; la doctrina cristiana.

Y si la grandeza de España consiste en que es la nación que más sagrarios ha sabido edificar en los pechos de las gentes y en las entrañas de los pueblos, mal pueden representarla los que no han dejado en pié un solo altar en la zona sometida a su arbitrio. En su encíclica "DIVINI REDEMPTORIS" de 19 de Marzo de 1937 dedicada a anatematizar al comunismo, el Sumo Pontífice al referirse a la persecución de que ha sido objeto la Iglesia en la zona roja de la Península dice que

> "supera en amplitud y violencia a cuanto se llegó a experimentar en las precedentes persecuciones contra la Iglesia".

Y más adelante entra a detallar los hechos enteramente comprobados.

> "No se ha contentado —dice la voz Augusta del Vicario de Cristo en la tierra— con derribar alguna que otra Iglesia, algún que otro convento; sino que cuando le fué posible destruyó *todas las iglesias, todos los conventos* y hasta TODA HUELLA DE RELIGION CRISTIANA, por más ligada que estuviera a los más insignes monumentos del arte y de la ciencia! El furor comunista no se ha limi-

tado a *matar obispos y millares de sacerdotes,* religiosos y religiosas, buscando de modo especial a aquellos y aquellas que precisamente trabajaban con mayor celo con pobres y obreros; sino que ha hecho un número mucho mayor de víctimas entre los seglares de toda clase y condición que, diariamente, puede decirse, SON ASESINADOS EN MASA POR EL MERO HECHO DE SER BUENOS CRISTIANOS, o tan sólo contrarios al ateísmo comunista. Y una destrucción tan espantosa la lleva a cabo con *un odio, una barbarie y una ferocidad* que no se hubiera creído posible en nuestro siglo".

La propaganda del gobierno rojo ha intentado hacer creer al mundo que no ha habido persecución religiosa. Pero en nuestros días de aturdidores anuncios y altavoces vociferantes de avisos y propagandas, no hay quien ignore la falta de verdad que encierra la inevitable afirmación, "nuestro producto es el mejor". Si en la vida privada nos hemos habituado a no creer en la propaganda para adquirir un objeto insignificante, en un asunto de tan grande magnitud como la guerra civil española, bueno será no hacer caso de palabras pagadas y atenerse a hechos ciertos. Pues bien : la exposición que hace el Sumo Pontífice de los sucesos ocurridos en España no puede ser rebatida. Su voz, la más serena e impersonal de la tierra no está al servicio de nadie sino de aquel que es la Verdad y la Vida.

No : la España de la católica Isabel no tiene nada que ver con esa "barbarie" y esa "ferocidad" con que cientos de miles de españoles han sido "asesinados en masa por el mero hecho de ser buenos cris-

tianos" ni con esas destrucciones implacables encaminadas a borrar de la tierra española "toda huella de religión cristiana". España la verdadera España, es aquella de Fernando, el católico, la de Carlos I, el de Trento, y Felipe II el de Lepanto y no esa sórdida zona roja que fusila al Sagrado Corazón en el Cerro de los Angeles y que ha ennegrecido las conciencias de sus milicianos con el humo del incendio y la destrucción de todos los tesoros espirituales que recibimos en sagrado depósito de nuestros mayores.

La verdadera España está en las trincheras donde falangistas y requetés rezan todos los días el rosario al atardecer como lo rezaban los tercios del Gran Capitán y los indomables conquistadores de Cortés o los marineros de Elcano y Legazpi. Cuando la falange de Navarra pide el restablecimiento de la Compañía de Jesús encabeza su escrito con esta frase que ha de quedar como una de las más bellas de la guerra: La Falange Española, MILICIA DE DIOS Y MILICIA DEL IMPERIO... "Y los requetés fundamentalmente monárquicos, reciben de su Rey Don Alfonso Carlos, la orden de salir al campo el 18 de Julio de 1936 prescindiendo en absoluto de su monarquismo y lanzando a la historia únicamente su bíblico grito de: ¡Viva Cristo Rey! A los que quieran saber lo que significa el movimiento nacionalista español, la lógica les exige que lo averigüen no en las imputaciones calumniosas del adversario sino encuchando las palabras con que lo ha definido el Caudillo Franco: "nuestro Estado —ha dicho— ha de ser un *Estado católico* en lo social y en lo cultural; porque católica ha sido es *y* será la verdadera España".

En estas tres frases, de la Falange, del Requeté y del Caudillo está la explicación y clave de nues-

tro movimiento. La españa de Franco y la de Isabel se encuentran y se reconocen en esas enjutas y nervudas voces de romancero en las que rumorean clásicas resonancias cervantinas. En las orillas del Miño, del Duero y del Tormes ha vuelto a tintinear su plata opulenta, la vieja habla castellana de las Cantigas a Santa María, o de las plegarias a la Virgen del Mar con que entretenían sus navegaciones los descubridores. Tras dos descreídos siglos de silencio España Imperial y Católica ha vuelto a hablar y puede reconocerse su voz amada entre el vocerío de la propaganda, porque ha vuelto a hablar en cristiano.

Aquella España del siglo XVIII que vió como se le entraba por las brechas pirenáicas de la derrota, toda la vácua ideología de sus enemigos, tuvo que plegarse a la invasión de ideas extranjeras y fué a ocultar su tristeza sin claudicaciones por la escondida senda que había dibujado la sabia pluma de Fray Luis. En la corte en las ciudades populosas se instalaban a sus anchas los invasores que calificaban de siglos de oscurantismo e ignorancia a nuestro siglo de oro, a la época gloriosa de mayor floración filosófica, artística, política, militar, y mística que haya conocido pueblo alguno sobre la tierra. Pero en la lejana aldea olvidada, en los recodos empinados del Pirineo, la verdadera España, callada pero inmortal esperaba. Los que necesitan para su superficialidad explicaciones triviales de las cosas más profundas creen a pié juntillas que hemos ganado la guerra porque tenemos más cañones, o mejores tenientes y alféreces de complemento. No: al estallar la guerra el gobierno de Madrid lo tenía todo, dinero para aventar a manos llenas, los mejores parques del ejército con las armas más modernas y abundantes,

todos los recursos de hombres y material de las grandes ciudades, Madrid, Barcelona, Valencia, Málaga, Bilbao... Pero en Avila, en Burgos, en Santiago, en Toledo, Franco se encontró, amorosamente envueltas en ricos damascos, las enseñas y las espadas del siglo XVI. Si contra toda humana previsión pudo arrollar al enemigo es porque supo blandir la espada con puño de Cruz que se dejó en Pamplona el Capitán Loyola. El alma de la España Imperial que aguardaba su hora rezando desde el alba en las viejas catedrales provincianas, había ido a alistarse con los voluntarios de Franco.

Esta es la guerra de la gran ciudad cegada por los anuncios parpadeantes, sorda a las sutiles armonías del pasado por sus férreos martilleos y sus camiones rugientes, que ha perdido en el tumulto de los campeonatos el medallón con el retrato de su madre; y la pequeña capital de provincia, donde la torre de la Catedral aun alcanza a proteger con su aguzada sombra en las horas del crepúsculo el confín del caserío. Es la guerra entre la obtusa concepción cosmopolita de la gran urbe materialista empeñada en reducir a una máquina de calcular ingresos y ganancias toda la estrellada inmensidad de la creación, y los graníticos dogmas cristianos del sacrificio y la esperanza en la vida inmortal, escondidos en el fondo de las arcas provincianas. Es la guerra entre la inconsistencia charlatana de una moda extranjera que arrastra a las alucinadas multitudes; y la serenidad de una tradición española y ortodoxa. Junto a las turbas grises que por sus ideas y sus aspiraciones son todo brigada internacional, la ayuda de los sin patria y sin Dios; pero cuando los cruzados de Franco saltan al ataque, oyen como llega

hasta ellos retumbando sobre las losas de los siglos, el galopar apostólico y español del blanco ginete de Compostela.

Lo que da un brío indomable a nuestro movimiento es el soplo genial de la España eterna que le guía; es la continuidad histórica que nos une inseparablemente con la grandeza de nuestro pasado. Lo que hace invencibles a nuestros ejércitos es que piensan y quieren y rezan, lo mismo que los del César Carlos. En medio de sus indecibles espantos y agonías, aun nos ha traído un bien la guerra ésta, que a los españoles macilentos y descorazonados de los primeros años del siglo XX, nos ha dado el encontrar más joven y bella que nunca, el alma de nuestra santa Madre España, que se nos había perdido.

A los españoles que, con limpio amor a nuestra patria, de buena fe, sin pasiones inferiores y sin prejuicios, se han sentido ofuscados por la hábil e intensísima propaganda roja, no les puede caber duda; la España grande y única del pasado y del futuro con la que todos soñamos, está con nosotros, los que hemos alistado nuestros corazones y nuestras vidas en las filas de Franco. Hispano - Americanos que os honrais con la noble alcurnia de los conquistadores de quienes descendeis —la más clara nobleza que existe sobre la tierra— no podeis estar con quienes han destruido las iglesias de la Rábida, de Moguer y de Palos donde postraron de hinojos sus esperanzas pletóricas de porvenir vuestros antepasados, ni podeis dudar que quienes han vuelto a tremolar a los vientos que incharon las velas de Colón la bandera roja y gualda de los descubridores.

Dejemos a los del otro bando que engolados y

ventrílocuos sigan rebuscando en la ajada oratoria de la revolución francesa, las cuentas de cristal de unas cuantas palabrejas que ellos quieren hacer pasar por gemas de purísimo oriente. Dejémosle con su enfadosa vocinglería de vendedor ambulante, hecha sólo para engañar a incautos; que sigan llenándose la boca con las palabras de libertad e independencia de España, cuando hasta el último rincón del planeta ha llegado la noticia de que su régimen ha sido la más trágica tiranía y el más vergonzoso sometimiento al látigo extranjero que haya conocido nuestra patria.

Nosotros podemos en pleno derecho contestar a todas esas declaraciones atrasadas en más de un siglo, con una sola palabra que encierra cuanto amamos, cuanto somos y cuanto defendemos :

!E S P A Ñ A!

!E S P A Ñ A!

!E S P A Ñ A!

Mensaje que Su Santidad Pio XII dirigió por Radio Vaticana al pueblo Español, el dia 16 de abril último, con motivo de la terminación de la guerra

Su Santidad dijo así, en correcto castellano:

"Con inmenso gozo nos dirigimos a vosotros, hijos queridísimos de la católica España, para expresaros nuestra paternal congratulación por la paz y la victoria con que Dios se ha dignado coronar el heroísmo cristiano de vuestra fe y caridad, probados en tantos y tan generosos sufrimientos.

Anhelante y confiado esperaba nuestro predecesor, de santa memoria, esta paz providencial, fruto, sin duda, de aquella fecunda bendición que, en los albores mismos de la contienda, enviaba a cuantos se habían propuesto la difícil tarea de defender y restaurar los derechos y el honor de Dios y de la Religión. Y Nos no dudamos de que esta paz ha de ser la que él mismo desde entonces auguraba, anuncio de un nuevo porvenir de tranquilidad en el orden y de honor en la prosperidad.

Los designios de la Providencia, amadísimos hijos, se han vuelto a manifestar, una vez más, sobre la heroica España. La nación elegida por Dios como principal instrumento de evangelización del Nuevo Mundo y como baluarte inexpugnable de la fe católica acaba de dar a los prosélitos del ateísmo materialista de nuestro siglo la prueba más excelsa de que por encima de todo están los valores eternos de la Religión y del espíritu.

La propaganda tenaz y los esfuerzos constantes de los enemigos de Jesucristo parece que han querido hacer en España un experimento supremo de las fuerzas disolventes que tienen a su disposición repartidas por todo el mundo. Y aunque es verdad que el Omnipotente no ha permitido por ahora que lograran su intento, ha tolerado por lo menos algunos de sus terribles efectos, para que el mundo viera cómo la persecución religiosa, minando las bases mismas de la justicia y de la caridad que son el amor de Dios y el respeto a su santa ley, pueden arrastrar a la sociedad moderna por caminos no sospechados de inicua destrución y apasionada discordia.

GENEROSIDAD Y FRANQUEZA DEL PUEBLO ESPAÑOL

Persuadido de esta verdad, el sano pueblo español, con las dos notas características de su nobilísimo espíritu, que son la generosidad y la franqueza, salió en defensa de los ideales de la fe y la civilización cristianas, profundamente arraigados en el suelo fecundo de España; y ayudados de Dios, que no aban-

dona a los que esperan en El, supo resistir al empuje de los que engañados con lo que creían un ideal humanitario de exaltación de los humildes, luchaban en provecho del ateísmo.

Este primordial significado de vuestra victoria nos hace concebir las más halagüeñas esperanzas de que Dios, en su misericordia, se dignará conducir a España por el seguro camino de su tradicional y católica grandeza, la cual ha de ser el norte que oriente a todos los españoles amantes de su Religión y de su patria en el esfuerzo de organizar la vida de la nación en perfecta consonancia con su nobilísima historia de fe, piedad y civilización católica.

Por esto exhortamos a los gobernantes y a los pastores de la católica España a que iluminen las mentes de los engañados, mostrándoles con amor las raíces del materialismo y del laicismo, de donde han procedido sus errores y desdichas y de donde podrían retoñar nuevamente.

LA JUSTICIA SOCIAL, BASE DE PAZ Y PROSPERIDAD

Proponedles los principios de justicia individual y social, sin los cuales la paz y prosperidad de las naciones, por poderosas que sean, no pueden subsistir. Y son los que se contienen en el Santo Evangelio y en la doctrina de la Iglesia.

No dudamos que así habrá de ser: la garantía de nuestra firme esperanza está en los nobilísimos y cristianos sentimientos de que han dado pruebas inequívocas el Jefe del Estado y tantos caballeros, sus fieles colaboradores, con la legal protección que han dispensado a los supremos intereses religiosos y sociales, conforme a las enseñanzas de la Sede Apos-

tólica. La misma esperanza se funda, además, en el celo abnegado de vuestros obispos y sacerdotes, acrisolados en el dolor, y también en la fe, piedad y espíritu de sacrificio de que en horas terribles han dado heroica prueba las clases todas de la sociedad española.

Y ahora, ante el recuerdo de las ruinas acumuladas en la guerra civil más sangrienta que recuerda la Historia de los tiempos modernos, Nos, con piadoso impulso, inclinamos ante todo nuestra frente a la santa memoria de los obispos, sacerdotes, religiosos de ambos sexos y fieles de todas las edades y condiciones que en tan elevado número han sellado con sangre su fe en Jesucristo y su amor a la religión católica. "Majorem hac dilectionem nemo habet". No hay mayor prueba de amor.

GRATITUD HACIA LOS QUE SE SACRIFICARON

Reconocemos también nuestro deber de gratitud hacia todos aquellos que han sabido sacrificarse hasta el heroísmo en defensa de los derechos invulnerables de Dios y de la Religión en los campos de batalla, o consagrados a los sublimes oficios de caridad cristiana en cárceles y hospitales.

Ni podemos ocultar la amarga pena que nos causa el recuerdo de tantos inocentes niños que, arrancados de sus hogares, han sido llevados a extrañas tierras, con peligro a veces de apostasía y perversión. Nada anhelamos más ardientemente que verlos restituídos al seno de sus familias, donde volverán a encontrar, ferviente y cristiano, el cariño de los suyos.

Y aquellos otros que como hijos pródigos tratan

de volver a la casa del Padre, no dudamos que serán acogidos con benevolencia y amor.

A vosotros toca, venerables hermanos en el episcopado, aconsejar a los unos y a los otros que en su política de pacificación todos sigan los principios inculcados por la Iglesia y proclamados con tanta nobleza por el Generalísimo, de justicia para el crimen y de benévola generosidad para los equivocados.

MISERICORDIA PARA LOS ENGAÑADOS

Nuestra solicitud también de Padre no puede olvidar a estos engañados, a quienes logró seducir con halagos y promesas una propaganda mentirosa y perversa. A ellos particularmente se ha de encaminar, con paciencia y mansedumbre, nuestra solicitud pastoral. Orad por ellos, buscadles, conducídles de nuevo al seno regenerador de la Iglesia y al tierno regazo de la Patria y llevadles al Padre misericordioso, que les espera con los brazos abiertos.

ACCION DE GRACIAS AL DIOS DE LA PAZ

¡Ea, pues, queridísimos hijos! Ya que el arco iris de la paz ha vuelto a resplandecer en el cielo de España, unámonos todos de corazón en un himno ferviente de acción de gracias al Dios de la paz y en una plegaria de perdón y misericordia para todos los que murieron a fin de que esta paz sea fecunda y duradera, con todo el fervor de nuestro corazón os exhortamos a mantener la unión del espíritu en el vínculo de la paz. Así, unidos y obedientes a vuestro ve-

nerable Episcopado, dedicaos con gozo y sin demora a la obra urgente de reconstrucción que Dios y la Patria esperan de vosotros.

BENDICION A ESPAÑA Y A SUS HIJOS

En prenda de las copiosas gracias que os obtendrán la Virgen Inmaculada y el Apóstol Santiago, Patrono de España, y de las que os merecieron todos los grandes santos españoles, hacemos descender sobre vosotros, Nuestros queridísimos hijos de la católica España, sobre el Jefe del Estado y su ilustre Gobierno, sobre el celante Episcopado y su abnegado Clero, sobre los heroicos combatientes y sobre todos los fieles, Nuestra bendición apostólica".

GRATITUD DE FRANCO A SU SANTIDAD

En reconocimiento a la anterior alocución, S. E. el Jefe del Estado, envió al Sumo Pontífice el telegrama siguiente :

"Con filial respeto y emoción se ha escuchado el mensaje de V. S. que conforta al pueblo español y a su Gobierno en la gran obra de orden espiritual y social que realiza para que esta España, que fué supremo adalid en la defensa de la fe católica, supere en el porvenir la tradición. En nombre del pueblo español y en el mío, transmito a V. S. el testimonio de devoción y gratitud por la especial distinción de que nos hizo objeto en este día memorable".

Completamos esta hermosa página cristiana con la reseña del solemnísimo acto de gratitud a Dios Nuestro Señor, que se celebró en la Iglesia de la Compañía de Jesús en Roma, tomada de "L'Osservatore Romano".

Por iniciativa de S. E. el señor Don José Yanguas Messías, vizconde de Santa Clara de Avedillo, embajador de España ante la Santa Sede, se celebró en la Iglesia del Gesú, sobriamente adornada con flores y damascos y espléndidamente iluminada, un Te Deum solemne para agradecer al Señor la victoria concedida a la España católica, y del que ya dió cuenta el cable.

Ofició S. E. Rvma., el señor Cardenal Luis Maglione, secretario de Estado de Su Santidad, asistido por los Ilmos. Rvmos. monseñores Anichini y Stoeckle.

Estaban presentes SS. EE. RR. los señores Cardenales Dolci, Verde, Lauri, Rossi, Tedeschini, Tappouni, Sibilia, Marmaggi, Cremonesi, Pizzardo, Caccia Dominioni, Canali, La Puma de Cattani; y S. E. el príncipe Ludovico Chigi Albano della Rovere Gran Maestre de la Suprema Orden Militar de Malta.

En lugar especial asistían Sus Majestades el rey Alfonso XIII y la reina Victoria; sus Altezas Reales los príncipes de Asturias, los duques de Segovia y la infanta Beatriz con su esposo el duque Torlonia de Civitella Cesi.

De la secretaría de Estado del Vaticano, acudieron SS. EE. RR. Monseñor Tardini y Monseñor Monti y los II. y RR. MM. Tondini y Borgia con otros prelados, oficiales y el com. Belardo.

Se hallaban presentes numerosos EE. Arzobispos, Obispos, Asesores y secretarios de las Sagradas Congregaciones Romanas; entre otros SS. EE. RR. los monseñores Vicentini, Migoni, Trochi, Constantini, Liseon, Vallega, Tonna, De Romanis, Evreinoff, Ottaviani, Morano, Cavinci, Grazioli y Kaas, los II. RR. monseñores Confalonieri, Venino, Nasalli Rocca di Corneliano; el R. P. Cordovani, los II. y RR. monseñores Respighi, Gueri, Gaeta Caselli, Filippanti, Hindo, Ferreti, Borghino Barsanti; el Revmo. abad de Stotzingen, los RR. PP. Gillet, Bello, Ledóchowski, Labresed, y otros Superiores Generales de Ordenes Religiosas; el Rvmo. don Carmelo Blay y un grupo numeroso de prelados, sacerdotes y religiosos españoles que moran en la ciudad.

En lugar distinguido S. E. el vizconde de Santa Clara de Avedillo, Embajador de España con todo el personal de la Embajada; y así mismo todos los miembros del Exmo. cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede y el Embajador de España cerca del Quirinal.

También se hallaban: Su E. el marqués Serafini, su E. el príncipe don Lelio Orsini y una representación de la Guardia Noble Pontificia, S. E. el marqués Sacheti, el coronel Sury d'Aspramont, el conde Catuti de Castelvetri, el coronel De Mandato, el gran oficial Manzia, el abogado Pericoli, los com. Croci, Giove, Fornari, Iordanow, Ciani, Descuffi, otros numerosos personajes de la Corte Pontificia y una representación de "L'Osservatore Romano".

Muchísimas eran las representaciones de la Acción Católica, toda la colonia española, numerosísimos fieles que unieron sus plegarias de vivísima gratitud por el renacer espiritual y material de España.

Dirigían las funciones solemnísimas los maestros de ceremonias del Sacro Palacio, II. RR. MM. Dante y Tercioral, servían al altar los alumnos del Colegio Español y la Capilla de Música Farnesiana con grupos de cantores de las Capillas Romanas dirigida magistralmente por el maestro Antonelli, cantó el "Exultate", de Refice, el "Te Déum" y el "Cantate Dominum", del propio Antonelli y el "Tantum Ergo", de Boezzi.

Pocas veces en Roma, fuera del Vaticano, se congregaron personajes tantos y tan distinguidos para una función religiosa tan sencilla como el canto de un "Te Déum".

Pero pocas veces en la historia de las naciones se registran hechos tan soberanos como el triunfo del pueblo católico español a las órdenes del Generalísimo Franco.

INDICE

Se acabó de imprimir en
Arts. Gráf. "Covadonga" el 25 de Julio
festividad del Apóstol Santiago
Patrón de España

✳

Lo edita y distribuye
la Asociación Española de la
Virgen del Pilar y el Apóstol Santiago



1 9 3 9

MONTEVIDEO



Artes Gráficas "Covadonga"